NOTA DE PRENSA

Iluminación interior de la Catedral de Santiago

Fundación Catedral de Santiago / Fundación Iberdrola

LA LUZ DE LA CATEDRAL

Cualquier intervención en el patrimonio debe valorarse con sumo cuidado. Hay un consenso suficientemente amplio al respecto que refuerza y favorece siempre las acciones de conservación sobre otras intervenciones más invasivas que puedan alterar la realidad física o narrativa de los bienes patrimoniales en su estado actual, y que evalúa con gran exigencia otro tipo de actuaciones como puedan ser restituciones, reposiciones, recreaciones o nuevas aportaciones. Así es, así debe ser. Más aun tratándose de bienes con valor patrimonial universal.

Sin embargo, en el caso de la iluminación, no es posible abordar una intervención apoyada de modo estricto en la conservación, por múltiples razones: desde la desaparición efectiva, sin rastro documental a menudo, de muchos de los dispositivos de iluminación históricos, hasta la no viabilidad técnica, normativa y de uso de dichos artefactos. Podemos decir que cuando intervenimos con iluminación estamos "obligados" a añadir una capa tecnológica al bien patrimonial que, además, trasciende en forma de una nueva capa de información visual sobre el bien iluminado. Bien es cierto que la capa de luz artificial, afortunadamente, es total y absolutamente reversible y que, si está correctamente ejecutada, tiene un impacto mínimo en la durabilidad del bien iluminado.

Este es el marco en el que se desarrolla el proyecto de iluminación, y esta breve introducción nos sirve para establecer el reto al que se enfrenta el proyecto de iluminación: ¿Es posible añadir esta capa tecnológica, inevitable, y hacerlo de modo compatible con el criterio del resto de las intervenciones en curso en la Catedral, que es poner en valor el bien de la manera más eficiente, respetuosa y discreta posible? Entendemos que sí, rotundamente. Y lo hemos abordado siguiendo un criterio muy sencillo, que nos ha acompañado a modo de guía, y que es el que da título a estas líneas: hemos intentado buscar siempre, en todas nuestras decisiones, lo que denominamos la "luz de la Catedral". Veamos lo que esto significa desde diversos puntos de vista.

La primera aproximación, el punto de partida natural y el más evidente para aproximarnos a la "luz de la Catedral" es evaluar la luz natural del templo durante el día, y a partir de esa realidad avanzar un criterio para la luz en la escena nocturna. Pues bien, la Catedral ofrece una experiencia de luz diurna muy característica, condicionada por los sucesivos cierres de casi todas las ventanas perimetrales de la fábrica románica, cierres que son totales en la mayoría de los casos y parciales en unos pocos. El resultado es un interior dramático, de elevados contrastes de luz, con ésta concentrada en los pies (filtrada por la fachada barroca) y los extremos del transepto, por una parte, y en el cimborrio por otra, dejando un centro de sombras densas que se extienden a buena parte de las naves laterales y la girola. Este carácter lumínico que la historia nos ha legado lo entendemos también como patrimonial, identitario de la Catedral, y el proyecto de iluminación artificial, que inevitablemente habrá que superponer en determinados momentos, no lo debe traicionar. Eso significa que la luz artificial no deberá intentar compensar, reproducir ni sustituir la luz natural allí donde ésta no llega, sino que se deber entender como una capa visual diferente de la misma. Lo que nos lleva al empleo de niveles contenidos, propios de la escena nocturna, a temperaturas de color cálidas, claramente diferenciadas de la luz de día, y a evitar la clásica iluminación de bóvedas.

Desde el punto de vista del uso, tenemos dos felices realidades conviviendo en el espacio: por una parte, está la condición de templo, y no un templo cualquiera, sino un templo de referencia para toda la cristiandad que es final de una peregrinación cada vez más global que lleva su nombre; por otra, tenemos un bien cultural de valor indiscutible, patrimonial para la humanidad. ¿Qué luz nos pide la Catedral, desde este punto de vista del uso? Nosotros entendemos que nos pide aportar aquella luz que permita describir la arquitectura, en su orden y en su riqueza, que ambas cosas tenemos, de un modo que resulte compatible con el ambiente de recogimiento propio de un templo en uso. Esta reflexión nos ha llevado a diseñar una iluminación arquitectónica muy precisa, que elige e ilumina elementos clave de la arquitectura, asegurando una correcta descripción de la misma en la escena nocturna, que huye de la luz indiscriminada, y que permite, por la economía de decisiones desplegada, encontrar la compatibilidad ambiental que buscamos con el uso del culto. Esta reflexión también nos ha llevado a implantar un sistema de control avanzado que permitirá crear diferentes escenas, y regular en las mismas los niveles de iluminación de modo individual en cada uno de los puntos, programando escenas diferentes para los momentos de visita sin culto, para el culto ordinario y también para el culto solemne.

Por último, no podemos olvidar que la aportación selectiva de luz artificial que el proyecto añade supone siempre una relectura del espacio, de modo que también es importante ordenar esta narrativa según un criterio que resulte asumible con la historia y la realidad de la propia Catedral. En este caso, entendemos que la “luz de la Catedral” se ha expresado siempre en dos planos muy distintos: tradicionalmente la luz artificial colonizó un plano más o menos cercano al suelo, por motivos evidentes de tecnología disponible y mantenimiento, mientras que la luz natural es (y ha sido siempre) la protagonista principal de los tramos más elevados de la sección. Esta luz natural, siempre abundante y de temperaturas de color frías, ha potenciado con su presencia el esfuerzo técnico y simbólico que supuso la elevación asombrosa de las naves medievales. Y durante la escena nocturna es su ausencia la que, de otro modo completamente opuesto, hace lo mismo, asociando la vastedad del espacio en la parte alta de la sección al misterio, a lo inabarcable. Por su parte, la luz artificial histórica siempre con temperaturas de color cálidas y bajos niveles, ubicada en un plano no muy alejado del suelo, se desplegó a través de múltiples soluciones, desde los lampadarios de velas para ofrendas, hoy felizmente recuperados, hasta las palmatorias en las cruces de consagración, pasando por las diferentes soluciones de lámparas votivas, como las de los ángeles de la girola que el proyecto plantea recuperar. Este análisis de la iluminación en sección nos lleva a lo que hemos dado en llamar “luz de Dios”, para referirnos a la luz natural del tramo alto de la sección, y “luz de los hombres” designar las opciones de luz utilitaria concentradas cerca del plano de suelo. Y esta interesante dualidad es una narrativa en la que también se apoya el proyecto, recuperando y extendiendo ese plano de luz artificial próximo al suelo, que ayuda a rescatar esta dualidad imprescindible y aporta una experiencia visual muy significativa a visitantes y fieles.

Todas estas reflexiones, enlazadas, elaboradas, desarrolladas y testadas a lo largo de casi tres años son las que soportan este proyecto de iluminación que, con el trabajo y talento de todos los equipos implicados, aspira a ofrecer una iluminación que para todos sea, sencillamente, la luz de la Catedral.